

á todos los compañeros más conspicuos de su navegación; y desembarcando con solemnidad majestuosa, hincó la rodilla en tierra, puso la mirada en Dios, alzó á las alturas los brazos, y después entonó en coro con los suyos un *Te Deum*, semejante al que los ejércitos españoles cantaron desde Covadonga hasta las Navas en aquella gigantesca empresa de la reconquista, concluída en la torre de la Vela y premiada con la surrección milagrosa, no de un mundo nuevo, de una nueva creación. El milagro se hizo y se hizo por la fe. Leyendo quien estas líneas escribe un soneto del gran poeta Schiller, encontró en él un pensamiento filosófico tan original como profundo, por el cual incitaba con entusiasmo al descubridor á que anduviese adelante, pues un mundo surgiría para él de cualquier modo: que cuanto el genio promete la Naturaleza siempre lo cumple. Y comenté y amplié yo así tal pensamiento, con él concluyo esta parte del relato de la invención: «Al contemplar este poema lo más vivo, lo más real y verdadero, lo más luminoso encontrado en él es el triunfo de la fe. Para cruzar los mares de la vida, hay que embarcarse pues en la fe. En esa nave se embarcó sin recelo alguno Colón y encontró al término de su viaje un Nuevo Mundo. Si este mundo no hubiera existido, lo creara Dios en la soledad del Atlántico, tan sólo para premiar la fe y la constancia de aquel hombre. Se descubrió América porque Colón tuvo fe viva en su ideal, fe viva en sí mismo, fe viva en su Dios.»

CAPÍTULO XXI.

LOS PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS.

HAY afectos que solamente pueden expresarse por medio de la música é ideas que solamente pueden expresarse por medio de la poesía. El misticismo vago de las almas religiosas pide la melodía del órgano; y la sensación suscitada en el descubridor, al contemplar su descubrimiento la primera vez, el exámetro de la epopeya. Como el Verbo humano, con ser lo más divino de la creación, más que la luz material, no llega jamás á contener el amor intenso é infinito; la Historia escrita, con ser una manifestación del espíritu nuestro, cual de Dios el Universo, no llega en sus análisis y con su prosa donde se halla la poesía, única, en los humanos medios, capaz de patentizar con sus efusiones líricas la expresión de los pensamientos que debían poseer el ánimo de Colón al encuentro de aquellas islas, y el arrobó de todos sus sentidos y el éxtasis de su vista y la transfusión del ser entero suyo á la naturaleza virgen, quien se le aparecía entre los mares y los cielos azules, como hechura de su alma y como cristalización de su idea. Milton en el *Paraiso Perdido*; Camoëns en los descubrimientos cantados por sus *Lusiadas*; Miguel Ángel en el fresco de la Sixtina, representativo de la creación del primer hombre; Goëthe

en la última escena de su *Fausto*, cuando el Doctor columbra la gloria celestial; Calderón en aquellas relaciones de Justina, diciendo cómo le parece la Naturaleza, vista con los ojos del amor, diversa de la Naturaleza vista sin amor; Meyerbeer en la grandaria de su *Africana*, expresiva de los rumores oídos por estos pilotos profetas entre las invenciones oceánicas halladas merced á los esfuerzos de su voluntad y á las advertencias de su adivinación han esbozado lo sentido por Colón en la hora de su encuentro con la nueva tierra: singularísima y excepcional y sobrehumana impresión, guardada en el secreto de su profundo espíritu, el cual tenía más medios de realizar aquella tierra ó evocarla que de encarecerla con palabras, no obstante su elocuencia, y decir con verdad, no obstante su entusiasmo rayano en delirio, lo que por ella sentía y de ella deseaba. Necesitaría uno haber de algún modo recibido las primeras visitas del ideal; experimentado los primeros afectos hacia él; puesto las potencias todas del alma en su penosa gestación; padecido las angustias mortales consiguientes á las revelaciones y compañeras de los reveladores; meditado cerca de cuarenta y más años sobre los mares; correlacionado las ideas del alma con las estrellas del cielo; padecido las burlas y los insultos y el menosprecio de los hombres; pasado hambriento y con una capa raída por las antecelas de los reyes entre las chacotas de los cortesanos y las soberbias de los sabios; luchado con algo más terrible que los ejércitos en armas, con las viejas supersticiones resistentes al progreso; corrido por el Océano tenebroso, cuyos espacios resguardaban monstruos puestos allí al conjuro de seculares invencibles creencias; atravesado el misterio material infinito entre zozobras del alma perpleja muchas veces ante las dificultades morales, peores que las procelas del aire y del agua, para sentir lo que sentía Colón, cuando al resplandor de aurora sonriente, tras tales combates adquiría su lauro, y veía el anhelado logro de todos sus deseos en la isla con sus áureos arrecifes, con sus argénteas arenas, con su laguillo celeste, con su corona de sel-

vas, con sus bocanadas de aromas, con sus tribus de indios, con su edénica hermosura. Y no solamente necesitaría uno para sentir los afectos del descubridor, pasar por todo cuanto él pasara; necesitaría también tener las creencias que tenía él, semipagano por nacido en el Renacimiento de Italia, y semiasceta por inscrito en la Orden Tercera de San Francisco; muy ortodoxo y católico ferviente así en sus ideas religiosas como en sus devociones diarias, pero también semipanteísta por su profesión náutica, pues así como su cuerpo absorbía por la totalidad de sus poros los efluvios marinos, absorbía su espíritu por la totalidad de sus facultades el divino ser. Parecerá el aserto que voy á decir una paradoja; pero yo por fundado lo tengo. Reunía Colón al conocimiento de la cosmografía y al estudio del trazado de los mapas y al arte náutica y á las ciencias aun astrológicas tal subido tinte de nociones teológicas, demostrado en su libro de Profecías donde reúne tesoros de avisos y anuncios cosmológicos sacados del estudio de la Biblia y de los Padres, que debía explicar por la creación angélica del tomismo, todavía en boga entonces, las innumerables apariciones de archipiélagos en el espacio. Aquellos islotes, recién surgidos á su vista, debían recordarle las lecciones acerca de la creación angélica diseminadas en el aire y en el espíritu de Universidades, como la Universidad de Pavía, por ejemplo, donde según algunos de sus biógrafos pasara los primeros años de su agitada mocedad. Tantos arrecifes parecidos á infinitas madreperlas, tantos islotes pintados como las facetas de prismas gigantescos donde se quiebra la luz del día, tantas selvas cargadas de frutos y flores, así como ceñidas de gigantesca enredaderas á modo de guirnalda; el aroma embriagador difundido por las especias y el coro melodioso difundido por las aves en el aire debían recordarle aquella creación angélica, trazada por los grandes oradores en las cátedras de mística teología, cuando mostraban cómo Dios, para crear el mundo, quiere mensajeros de sus mandatos, ministros de su voluntad, mediadores de su palabra creadora con el espacio vacío,

y todavía no ha comunicado á su voz potente su típica idea, cuando se alza un vapor blanquecino perlado como los arboles del ópalo, y en los senos de este vapor brota una rosácea luz como alba de un eterno día, y en esta luz van dibujándose á una con formas fugaces y brillantes los ángeles, cual esas fantásticas figuras que producen y disipan los rayos del sol naciente sobre neblinas matinales antes que lleguen á cuajarse en rocíos; y pronto estas figuras angélicas rompen su indeterminación primera como la mariposa el capullo de su larva, y se muestran en toda su hermosura, con la cabellera de luz que cae sobre los blancos hombros, la frente inundada por una idea divina, los ojos embebidos en místicas contemplaciones, vibrantes los labios con himnos de alabanzas, las multicolores alas batiendo el éter agitado por armoniosísimas ondas, los dedos en las arpas, hasta componer con sus gasas de color gayo como el pétalo las flores y con sus voces de dulcísimo dejo como el cántico de las filomenas, una legión por tal manera hermosa y un concierto por tal manera melódico, que sumergen al Criador en arrobamiento sobrenatural producido por las contemplaciones de su creación y de sus criaturas. Indudablemente algo parecido á lo que debemos imaginar sucediera en Dios después de mirar la creación y reconocer su bondad, debió suceder en Colón después de haber visto las islas y encontrádaslas en el éxtasis proveniente de su júbilo superiores á lo esperado por la inteligencia suya tras los largos estudios de los libros y á lo fingido por la imaginación suya tras los vivaces fantaseos de la esperanza. Sin embargo, Colón se guarda como un tesoro sus afectos y las emociones por sus afectos causadas, así al columbrar la tenue luz que le advertía la existencia del hombre por aquellos parajes, como al ver la tierra primera que cumplía y verificaba todos sus anuncios. Un cronista monástico, encerrado en su celda solitaria, no hubiera contado con tal sequedad los hechos de otros como cuenta Colón los hechos propios. «Á las dos horas, dice, después de media noche, apareció la tierra, de la cual estaría dos

leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el trece, que es la vela grande, y sin bonetas, y pusieronse á la borda temporizando hasta el día viernes que llegaron á una isleta de las Lucayas, que se llamaba en lengua de indios Guanahani. Luego vieron gente desnuda y el Almirante salió á tierra en la barca armada, y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yáñez, su hermano, que era capitán de la *Niña*. Sacó el Almirante la bandera Real y los capitanes con dos banderas de la cruz verde, que llevaba el Almirante en todos los navíos por seña con una F y una Y: encima de cada letra su corona, una de un cabo de la cruz y otra de otro. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes y aguas muchas y frutas de diversas maneras. El Almirante llamó á los dos capitanes, y á los demás que saltaron en tierra, y á Rodrigo Descovedo, Escribano de toda la armada, y á Rodrigo Sánchez de Segovia, y dijo que le diesen parte y testimonio como él por ante todos tomaba, como de derecho tomó, posesión de dicha isla, por el Rey e por la Reina, sus señores, haciendo las protestaciones que se requerían, como más largo se contiene en los testimonios que allí se hicieron escriptos.» ¿Puede darse una sencillez mayor? Tan escueta relación, parecida de suyo á factura mercantil ú oficial despacho, ¿contiene asomo de la emoción, que algunas veces late más ó menos oculta, pero al cabo late con fuerza en otros pasajes del *Diario*? Colón, afanadísimo por topar con el reino que la tradición había puesto á sus espaldas, inquiriendo, como viajero fantástico de las epopeyas medioevales, los palacios áureos del grande Kan de Mongolia, reinante sobre los territorios de Tartaria explorados por Alejandro y Marco Polo en las fantaseadas correrías de tan difíciles é intrincados rumbos, y que aparejaba y reunía en su imaginación tesoros y más tesoros allegados al sacratísimo fin de abrir las Cruzadas tras su frustración definitiva y rescatar el Santo Sepulcro para la cristiandad, que abandonáramos á la última irrupción de los turcos en Jerusalén; embargado por estas alucinaciones contraídas en la contemplación de lo retrospectivo an-